



MARIOLOGIA Y DEVOCION MARIANA

LAURENTINO M. HERRAN

Creo oportuno, para presentar el *aspecto mariano* del mensaje de Juan Pablo II a España, exponer previamente, si bien de modo esquemático, el contexto doctrinal en que se inscribe este mensaje. Son como unas ideas fundamentales que encuadran su pensamiento mariológico.

Para el Papa es clave la afirmación, que toma de la constitución pastoral *Gaudium et spes*, de que Cristo, centro del cosmos y de la historia, al entrar en ella para asumirla, *se ha unido en cierto modo con todo hombre*, haciéndose con todos protagonista de esa historia de la cual El es el Señor¹. De aquí que la Encarnación sea una verdad fundamental de nuestra fe². La Virgen, *protagonista*³, «al pronunciar su 'fiat' no se convierte sólo en Madre del Cristo histórico; su gesto la convierte en Madre del Cristo total, Madre de la Iglesia»⁴. Así, desde la Encarnación, la Iglesia «constituida de manera secreta, pero germinalmente perfecta, en su esencia de Cuerpo Místico»⁵, una vez llegada a su plenitud en Pentecostés, tendrá como incumbencia lograr que sea plena realidad el que «todo hombre esté penetrado por aquel sopro vivo que proviene de Cristo»⁶. Y «entonces nos parece comprender mejor lo que significa decir que la Iglesia es madre, y más aún lo que significa decir que la Iglesia tiene necesidad de una Madre»⁷.

1. JUAN PABLO II, enc. *Redemptor hominis*, nn. 1.12.18.

2. En la Navidad y su contexto litúrgico «se encuentra la dimensión fundamental de nuestra fe, es decir, el misterio de la Encarnación, con la dimensión no menos humana de las vivencias del hombre», *Audiencia general*, 3.1.1979; *Audiencia general*, 25.3.1980, n. 3.

3. *Audiencia general*, 25.3.1981, n. 2.

4. *Homilía en la casa de la Virgen*, Efeso, 30.2.1979, n. 3; *En el santuario de Pompeya*, 21.10.1979, n. 1; *Audiencia general*, 25.3.1981, n. 4-6; *Carta con ocasión del 1600 aniversario del Concilio I de Constantinopla y del 1550 del concilio de Efeso*, n. 11.

5. *Homilía en Efeso*, 1; *Homilía en el Santuario del Divino Amore*, 1.5.1979, n. 5.

6. *Redemptor hominis*, n. 13; *Audiencia general*, 25.3.1981.

7. *Redemptor hominis*, n. 22.

Esto explica la insistencia con que Juan Pablo II habla de la *presencia materna* en la Iglesia, una solicitud que llega adonde llega la Redención de Cristo, y hace que la Iglesia despliegue toda su actividad materna mirando a la que es su Madre y Tipo perfecto⁸. Así «María es garantía viviente, concreta, de la presencia salvífica de Dios»⁹.

De esta presencia de María en el misterio de Cristo y de la Iglesia son *signos* especiales los santuarios marianos, en que la imagen de María atrae a los hombres a encontrarse con Dios, bajo la mirada de la Madre¹⁰. En los santuarios nacionales *late el corazón* del pueblo cristiano¹¹, porque en ese pueblo se ha *inculcado* el mensaje evangélico¹², hasta el punto que el cristianismo es fermento y aglutinante de la identidad de ese pueblo, cuya historia está íntimamente ligada al santuario de la Virgen¹³.

Por eso los viajes apostólicos de Juan Pablo II, como él afirma, tienen, entre otros, un objetivo bien determinado: «Es una llamada que, en el gesto simbólico, con la palabra, con la oración del 'Angelus' o del 'Regina coeli' dirijo a la Iglesia del mundo y al mundo en unas circunstancias, *aprovechando la riqueza de la tradición*, de la piedad mariana de cada una de las iglesias locales, y de las diversas naciones, florecida en mil formas delicadas y conmovedoras en honor de la Virgen Santa»¹⁴.

1. Contexto mariológico español

«El momento de su venida no pudo ser más oportuno», afirma la *Exhortación colectiva del Episcopado Español*, del 25 de julio de 1983

8. *Audiencia general*, 2.5.1979, n. 3; *Homilía en el Santuario de Pompeya*, 21.10.1979, n. 4; *Homilía en Santa María la Mayor*, 8.12.1979, n. 3; *Homilía en la Basílica de Aparecida*, 4.7.1980, n. 7; *Carta con motivo del aniversario del concilio III de Constantinopla...*, nn. 4.8; *Discurso a la Curia Romana*, 28.6.1980, n. 30; *Homilía en el Santuario de N. Señora de Luján*, 11.6.1982.

9. *Audiencia general*, 25.3.1981, n. 2.

10. *Homilía en el Santuario de N. Señora de Guadalupe*, 27.1.1979, n. 2; *Homilía en N. Señora de Zapopan*, Guadalajara (México), 30.1.1979; *Homilía en la Catedral de Gniezno*, 3.6.1979, n. 6; *Homilía en Jasna Gora*, 6.6.1979.

11. *Audiencia general*, 24.1.1979, n. 4; *Homilía en Guadalupe*, 27.1.1979, n. 2; *Homilía en Szchebstochowa*, 4.6.1979, n. 1; *Alocución al Consejo de los Obispos Latino-Americanos*, Río de Janeiro, 2.7.1980, n. 7.

12. La palabra *inculturación* la toma de los Escrituristas: *A la Comisión Bíblica*, 26.4.1979, y la aplica a la fusión de la cultura indígena con el mensaje evangélico aceptado, lo que explica la *religiosidad popular*, de la que habla en Guadalupe, sobre todo en Zapopan, y además en la *Homilía en Salvador de Bahía*, 7.7.1980, n. 5; *Homilía en la isla de Cebú*, 19.2.1981; *Homilía en S. Pedro en el 450 aniversario de las apariciones de N. S. de Guadalupe*, 12.12.1981.

13. *Audiencia general*, 24.1.1979; *Homilía en Guadalupe*, 27.1.1979, n. 2. Toda la catequesis en Polonia: *Homilía en la Plaza de la Victoria*, 2.6.1979.

14. *Discurso a los Miembros de la Curia Romana*, n. 30, 28.12.1980.

(Exh. 1). El viaje, en efecto, incidía en la elaboración de un programa trienal de «objetivos básicos», entre los cuales figuraba «potenciar la vida cristiana» de nuestro pueblo, que, en medio del «seísmo social», que incluso «llega a amenazar la identidad misma del pueblo», ha resistido con tal fuerza que la crisis «no ha afectado a la gran masa de nuestros fieles, ni en la firmeza de su fe ni en su entrañable pertenencia a la Iglesia» (Exh. 20).

La potenciación a que tiende el programa mira a conseguir que la Iglesia de España crezca y avance hacia una fe más consciente, más madura: por lo cual consideran los obispos «primer objetivo una formación intensa y sólida mediante una actividad catequética integral» (Exh. 31).

En el examen realista que los obispos hacen de la situación eclesial española, detectan, entre otros puntos, «concepciones de la fe y de la Iglesia difícilmente conciliables con la sana doctrina, expresada, básicamente, en el Concilio Vaticano II» (Exh. 18).

Por ello, en el *programa* anejo a dicha exhortación, titulado *Al servicio de la fe de nuestro pueblo*, figura como 5.º criterio «clarificar los contenidos de la fe para asegurar la identidad del mensaje cristiano y su adaptación al hombre de hoy» (Dir. 5).

En el tema que estudiamos recoge el programa parte del discurso que Juan Pablo II dirigió a la Conferencia Episcopal: «Un campo importante en el que aplicar vuestro servicio a la fe es el de la investigación teológica y el de la enseñanza de las ciencias sagradas. Tenéis una grave responsabilidad para que se respete la verdad de la doctrina y su transmisión, de acuerdo con el Magisterio. Consecuentemente, no podéis olvidaros de las publicaciones de carácter teológico y moral, que tanto influyen en la fe del pueblo. Sé que sentís la responsabilidad de cumplir este cometido» (3,3).

Y al repasar estas palabras del Papa no podemos menos de descubrir que no es sólo un cumplimento de cortesía, sino la razón de la cita que el mismo Papa hizo en Zaragoza de la *Nota de la Comisión Episcopal para la doctrina de la Fe*.

a. *El contexto teológico de una Nota Episcopal*

Sin que, gracias a Dios, trascendiera a ese «pueblo fiel» a que nuestros Obispos se refieren, Xavier Pikaza publicaba en 1976, *Los orígenes de Jesús. Ensayos de Cristología*. Algo mayor impacto produjo, sobre todo en el ambiente sacerdotal, el artículo del P. Scheifler,

La vieja Navidad perdida. Estudio bíblico sobre la infancia de Jesús, en la revista «Sal Terrae»¹⁵.

Los dos autores, basándose en «relecturas» críticas de los textos bíblicos, cuestionaban las raíces del misterio de Cristo, tal como se venía profesando desde los más antiguos símbolos de la Fe. Y, curiosamente, rebrotaba en España, salvadas las distancias y los modos, la actitud de aquellos impugnadores de la virginidad de Santa María, frente a los cuales escribió brillantemente San Ildefonso de Toledo su libro *De perpetua virginitate Sanctae Mariae*.

La reacción positiva no se hizo esperar. Precisamente en Toledo, en la fiesta de San Ildefonso del año 1978, el Cardenal Primado se lamentaba profundamente de la actitud de los autores referidos, pues «afirmaciones tan graves no deben hacerse mientras no exista absoluta certeza en cuanto a los argumentos en que puedan apoyarse»¹⁶.

Después, a lo largo del año, en revistas especializadas o de alta divulgación, fueron apareciendo estudios críticos de la interpretación de las bases bíblicas con que, sobre todo Scheifler, pretendían desmontar el origen virginal de Jesús, o la maternidad virginal de su Madre¹⁷.

15. X. PIKAZA, *Los orígenes de Jesús. Ensayos de Cristología*, ed. «Sígueme», Salamanca, 1976; J. R. SCHEIFLER, *La vieja Navidad perdida. Estudio bíblico sobre la infancia de Jesús*, «Sal Terrae» 775 (dic. 1977) 835-851. X. Pikaza declaraba después de la Nota del Episcopado en «Ecclesia»: «En ningún lugar de mi trabajo *Los orígenes de Jesús* he defendido la concepción no virginal del Salvador. Mis afirmaciones pueden condensarse de esta forma: a) Una investigación científica de los datos bíblicos, con los métodos de crítica formal que recomienda el Magisterio, me ha conducido —al menos por ahora— a la conclusión de que los relatos del NT (Mt 1,18-25 y Lc 1,26-38) no prueban de forma irrefutable el hecho biológico de la concepción de Jesús. b) Situando el tema sobre un campo teológico, he querido preguntar si las confesiones tradicionales de la Iglesia, defensora de la concepción virginal de Jesús, no podrán ser reinterpretadas en un contexto nuevo sin que exija la realidad del dato biológico». Y luego, aunque afirma su «sincera identificación con la fe de la Iglesia», insiste en que «los datos bíblicos y las formulaciones eclesiales deben situarse en su contexto; de lo contrario pueden terminar desfigurándose, aunque se sigan repitiendo al pie de la letra. Como se ve el problema es de hermenéutica». Y se coloca entre los teólogos que «amando a la Iglesia en profundidad» no tienen por qué limitarse a repetir fórmulas hechas, sino que se proponen investigar con libertad y reformular con rigor el contenido de la fe. *Nota aclaratoria del teólogo X. Pikaza*, firmada en Salamanca el 12 de abril de 1978, «Ecclesia» 1883 (28-IV-1978) p. 22.

16. Mons. GONZÁLEZ MARTÍN, *Homilía pronunciada en la S.I.C.P. con motivo de la fiesta del eximio Patrono de la Ciudad y Archidiócesis de Toledo San Ildefonso*, 23.1.1978, «Boletín Oficial de la Archidiócesis de Toledo», febrero 1978.

17. Cfr. G. ARANDA, *Los Evangelios de la infancia de Jesús*, «Scripta Theologica» X,3 (1978) 792-848; J. A. GOENAGA, «Se encarnó de la Virgen María». *Lex orandi lex credendi*, «Phase», 106 (1978) 305-336; S. MUÑOZ IGLESIAS, *Santa María siempre virgen*, conferencia pronunciada en Madrid, 26.2.1978; M. NICOLAU, *La virginidad de María*, «Boletín oficial de la Archidiócesis de Toledo», marzo 1978, pp. 152-154; J. DE LA POTTERIE, *María Virgen en el IV Evangelio*, Madrid 1979; C. POZO, *La concepción virginal de Jesús*, «Scripta de María» I (1978) 131-156; M. DE TUYA, *La siempre virgen María. A propósito de un artículo*, «Suplemento al n. 160 de «Iglesia-Mundo», doc. n. 25.

Y en *Ecclesia*, revista tan cercana al Episcopado español, el P. Llamas, Presidente de la Sociedad Mariológica Española, reafirmaba las bases dogmáticas en que se apoya la creencia en la virginidad de María, madre por el Espíritu Santo, contra la pretendida negación crítica de una tal concepción, que se hacía desde la nueva lectura de los Evangelios, que, según los autores dichos, en nada atacaría a la esencia de la fe cristiana¹⁸.

A esta declaración seguía una *Nota de la Comisión Episcopal para la Doctrina de la Fe*¹⁹, en que se declaraba pertenecer al núcleo mismo del Depósito de la Fe la creencia en la concepción virginal de Jesús, obra del Espíritu Santo: a esta nota se referiría Juan Pablo II en su discurso en la plaza Eduardo Ibarra de Zaragoza.

En mayo del mismo año el Arzobispo de Valladolid, Mons. Delicado Baeza, en *Ecclesia* también, publicaba un serio estudio sobre *La virginidad de María como signo de los caminos de Dios*²⁰. Y Mons. González Martín, Cardenal Primado de España, publicaba otra pastoral sobre la actualidad de la Virgen en la Iglesia y la vigencia de las prácticas de piedad a María²¹.

Y, como preparación a los Congresos de Zaragoza, su Arzobispo, Mons. Yanes, publicaba una amplia carta pastoral, enjundioso tratado de mariología, en la que da su debido puesto al misterio de la maternidad virginal de María, con su significación salvífica, como signo del Reino de Dios y de la virginidad fecunda de la Iglesia²².

Bien podemos afirmar con el Papa que los Obispos no han descuidado el oficio de *vigilar* por la integridad de la Fe, que les incumbe en virtud del orden con que han sido consagrados.

b. *Los Congresos Internacionales de Zaragoza (octubre 1979)*

Digna de recordar, en este sentido, es la celebración en Zaragoza del VIII Congreso Mariológico y XV Mariano, Internacionales, que concluyeron con un solemne Pontifical —al que asistieron los Reyes de España— en el que concelebraron incontables obispos y sacerdotes,

18. *Declaración de la Sociedad Mariológica Española*, «Ecclesia» 1880 (8.4.1978). pp. 14-15.

19. *Nota de la Comisión Episcopal para la Doctrina de la Fe sobre la concepción virginal de Jesús*, «Ecclesia», 1880 (8.4.1978) p. 14.

20. Mons. DELICADO BAEZA, *La virginidad de María, signo de los caminos de Dios*, «Ecclesia» 1884 (6.5.1978), pp. 19-22.

21. Mons. GONZÁLEZ MARTÍN, *María, Madre del Pueblo de Dios*. Carta pastoral con motivo del mes de mayo. «Boletín Oficial de la Archidiócesis de Toledo», mayo 1979.

22. Mons. YANES, *María de Nazaret, Virgen y Madre*. Instrucción pastoral con ocasión del VIII Congreso Mariológico y XV Congreso Mariano Internacionales. «Boletín Eclesiástico del Arzobispado de Zaragoza», octubre 1979, pp. 289-336.



con el mensaje del Papa y la gran procesión del «Rosario de cristal» en la noche de la fiesta del Pilar.

El Congreso en sus dos vertientes era realmente interesante. El tema mariológico fue el estudio del culto y la devoción a María en el siglo XVI, y en él aportaron sus puntos de vista teólogos de confesiones no católicas²³. En la parte mariana, además de las conferencias que varios obispos tuvieron, a lo largo de los dos Congresos en la basílica del Pilar, sobre el tema central *María y la misión de la Iglesia hoy*, leyeron sus ponencias varios obispos españoles y latinoamericanos.

No vamos a hacer el balance de la repercusión en España de los dos Congresos; pero sí conviene dejar constancia de que, a pesar de las múltiples presiones disgregantes desde diversos y encontrados intereses, sobre todo el congreso mariano resultó una inolvidable afirmación popular de devoción mariana.

A ello había contribuido la *Exhortación colectiva del Episcopado*²⁴ invitando a los fieles a tomar parte, de la manera que pudieran, en aquel «importante acontecimiento eclesial», más las pastorales de tantos obispos para interesar a sus fieles en el Congreso²⁵, en vista del cual todos los obispos nombraron un delegado diocesano para fomentar peregrinaciones diocesanas a Zaragoza y crear, en la propia diócesis, un clima mariano en sintonía con las líneas de los Congresos.

En cuanto al *mensaje pontificio*²⁶ puede considerársele como anticipo y bosquejo de la catequesis que hizo personalmente en la visita que vamos a comentar. Saludaba «a la noble nación española, cuya distinguida piedad mariana y cuyo fervor por cuanto significa honor para la Madre de Dios tiene pulsación propia desde época inmemorial, a ritmo con su historia y su creciente patrimonio espiritual». Hizo luego una síntesis de la historia mariana de España y su proyección al Nuevo Continente, destacando, como pregón de esa unión familiar con la Virgen y su figura en la historia de la salvación, el rezo del Santo Rosario, propagado por los hijos de Santo Domingo de Guzmán».

Y, apoyándose en el tema del Congreso Mariano, recordaba que, dada la estrecha relación existente entre María y la Iglesia, todos sus miembros, a imitación de María, la Madre, debían sentirse obligados a em-

23. Cfr. las declaraciones de los PP. MELADA y DINKO, Presidente y secretario respectivamente de la Pontificia Academia Internacional Mariana de Roma, con motivo de los Congresos, «Ecclesia» 1943 (21.7.1979), pp. 16-19. Y la *Declaración de la Comisión ecuménica* (27.10.1979), p. 29.

24. *Exhortación de la Conferencia Episcopal Española anunciando los Congresos marianos de Zaragoza*, 24-11.1978, «Ecclesia» 1912 (2.12.1978) p. 15.

25. Cfr. *Los Obispos españoles ante los Congresos Mariano y Mariológico de Zaragoza*. Antología de textos pastorales, «Ecclesia», 1951 (29.9.1979) pp. 27-28.

26. JUAN PABLO II, *Mensaje al Congreso Mariano Internacional de Zaragoza*, 12.10.1979.

parar con los valores evangélicos la vida de los hombres en todas sus expresiones. «Necesitamos conocer mejor a la Virgen. Necesitamos, sobre todo, imitar su actitud espiritual y sus virtudes, base de la vida cristiana. De esa reflejaremos en nosotros la imagen de Jesús. *¡Id con María a Jesús!* Ella os recordará de continuo lo que dijo en las bodas de Cana: '¡Haced lo que El os diga!' (Jn 2,5)».

2. Enseñanzas de Juan Pablo II sobre la Virgen María

Los datos, que hemos recensionado brevemente, se hacen imprescindibles para situar en sus coordenadas históricas las intervenciones del Papa Juan Pablo II a propósito de la Santísima Virgen María durante su viaje pastoral por España. Dos van a ser los aspectos de su catequesis mariana en tierra española: por una parte, la dimensión *mariológica* de la identidad *cristiana* del pueblo español; por otra, su insistencia doctrinal en el dogma de la virginidad de María. Ambos aspectos ponen de relieve, entre otras cosas, la completa información que el Papa ha demostrado, no sólo de la historia de España, sino de su presente histórico eclesial, con sus riesgos y sus posibilidades, con sus amenazas y su riqueza. Ya al nivel estrictamente teológico, hemos de advertir que, la manera de pronunciarse el Santo Padre sobre la gran cuestión de la virginidad de María, presta a este aspecto de su mensaje pastoral a los españoles un relieve que trasciende con mucho la circunstancia peninsular, para constituirse en criterio doctrinal digno de ser tenido en cuenta por los teólogos de toda la Iglesia.

a. *El Pilar, símbolo de la presencia singular de María en los pueblos de España*

Juan Pablo II, «peregrino tras las huellas de Teresa de Jesús» (6,1), veía cumplido un anhelo acariciado desde tiempo «de postrarse como hijo devoto de María ante el Pilar sagrado» (32,1).

Ya en su mensaje a los dos Congresos Internacionales, VIII Mariológico y XV Mariano, había dicho:

«Los numerosos santuarios diseminados como hitos de luz por todas las regiones españolas, cuyo símbolo es en estos momentos la basílica del Pilar, son testigos de la fe viva y de la devoción del pueblo español a la Virgen María, así como su expresión de vida cristiana que yo, como Supremo Pastor y Sucesor de Pedro, quiero bendecir y alentar»²⁷.

27. *Ibidem.*



Para Juan Pablo II, ya en España, la basílica de Nuestra Señora del Pilar es la representación de todos los santuarios de España:

«No podemos mencionarlos todos. Pero, ¿cómo no postrarnos espiritualmente, con afecto reverente, ante la Madre de Covadonga, de Be-goña, de Aránzazu, de Ujué, de Montserrat, de Valvanera, de la Almude-na, de Guadalupe, de los Desamparados, del Lluch, del Rocío, del Pi-no? (32,1)».

Ya sabemos lo que para Juan Pablo II significa el santuario mariano con la especial presencia de la *imagen* que lo preside. Así, lo mismo que en Guadalupe (México), Jasna Gora, Knock, Nuestra Señora de Africa, Notre Dame, Altötting, la Aparecida, Fátima, Luján, en nuestro santuario nacional siente «el latir del pueblo que expresa ante María sus seculares gozos, tristezas y esperanzas» y son «pie-dras nuevas que elevan la dimensión sagrada de una fe mariana. Porque en esa continuidad religiosa la virtud engendra nueva virtud. La gracia atrae gracia. Y la *presencia secular* de Santa María va arraigándose a través de los siglos, inspirando y alentando a las generaciones sucesivas. Así se consolida el difícil ascenso de un pueblo hacia lo alto» (32,2).

Cierto que el santuario —con la peregrinación consiguiente a su natu-raleza— es signo de la *condición itinerante* «profundamente enraizada en la visión cristiana de la vida y de la Iglesia» (45,4); tema que desarro-lla amplia y bellamente en «la visita a Montserrat», que «asocia en uni-dad muy estrecha los valores de la peregrinación religiosa con los encan-tos de la meta mariana en la cumbre, donde los cielos se funden con la tierra» (34,1).

Pero los santuarios marianos, además, son «recintos de encuentro con Dios y de amor a la Madre del Señor y nuestra» (32,1). Son signos ma-teriales de «la presencia singular de María en el misterio de Cristo y de la Iglesia en tierras españolas» (32,2). De ahí que el Papa descubra en ellos la profunda vinculación de España a la figura de María: «Por medio de ella, a través de muy diversas formas de piedad, ha lle-gado a muchos cristianos la luz de la fe en Cristo, Hijo de Dios y de María, hecha así columna de esa fe y guía segura a la salvación» (32,3).

Toca aquí, sin mencionar la palabra, el tema de la *inculturación* del que ha hablado en su visita a muchos santuarios, y al que se refería dirigiéndose a los universitarios y hombres de cultura e investigación en la Universidad Complutense: «Una fe que no se hace cultura es una fe no plenamente acogida, no totalmente pensada, no fielmente vivi-da» (21,2).

España es llamada con razón *tierra de María*, como lo proclamó Juan Pablo II (32,1). Y en el cristianismo de España resalta evidentemente su *marianismo*. El Pilar, dijo el Papa, evoca para los españoles los «pri-meros pasos de la evangelización de España» (32,1), y el amor a María «impulsó a transplantar la devoción mariana al Nuevo Mundo descu-

bierto por España, que de ella sabe haberla recibido y que tan viva la mantiene» (32,3). Fue la gesta evangelizadora que con tanto cariño ha subrayado Juan Pablo II en muchas ocasiones (cfr. 2,4; 25,6).

Es «la herencia de fe mariana» (32,2), tesoro de fe católica «que constituye la identidad del pueblo español» (45,4).

No repite Juan Pablo II teorías históricas, más o menos pasadas. Expone el Papa un pensamiento en plena coherencia con su primera encíclica *Redemptor hominis*, y que vertebraba su antropología teológica.

Para Juan Pablo II la Encarnación es el momento decisivo en que el Verbo entra en la historia para hacerse, entre los hombres de todos los tiempos, protagonista y al mismo tiempo Señor de toda ella. Y María en este misterio, protagonista e indispensable cooperadora, al dar su 'fiat' sin reserva alguna, se hace Madre de Cristo, el Primogénito, y de todos los que lleguen a ser sus hermanos. Ahora bien, los hijos «salen» (se parecen) a su madre: por ello, los hombres, cuanto más marianos son, más parecidos a Cristo. De aquí que un pueblo que empapa sus raíces en el cristianismo es necesariamente *mariano*.

En Zaragoza Juan Pablo II, después de comentar el sentido profundo de las palabras de María en Caná, alarga el pensamiento hacia unas *perspectivas insondables*: «El plan de Dios en Cristo era hacernos conformes a la imagen de su Hijo, para que El fuera 'el primogénito entre muchos hermanos' (Rom 8,29). Cristo vino al mundo 'para que recibiéramos la adopción' (Gal 4,5), para otorgarnos el 'poder llegar a ser hijos de Dios' (Jn 1.12). Por el testimonio del Espíritu, podemos clamar: *Abba, Padre* (cfr. Rom 8,15ss.; Gal 4,6ss.). Jesús ha hecho con su muerte y resurrección que su Padre sea nuestro Padre. Y para que nuestra fraternidad con El fuera completa, quiso ulteriormente que su Madre Santísima fuera nuestra Madre espiritual. Esta maternidad, para que no quedara reducida a un título meramente jurídico, se realizó, por voluntad de Cristo, a través de una colaboración de María a la obra salvadora de Jesús, es decir: en la restauración de la vida sobrenatural de las almas (*Lumen gentium*, 61)» (32,4).

Luego, explicando el alcance de su 'fiat', afirma el Papa: «es entonces cuando comienza su cooperación salvadora» (32,5).

Con estas palabras hace una breve, pero enjundiosa, exposición de la maternidad espiritual de la Virgen, que, si se proclama en la Cruz, comienza en el momento de la Encarnación. Los hombres, entonces, tenemos con Cristo, un Padre y una Madre común. Ahora bien: «Un padre y una madre acompañan a sus hijos con solicitud. Se esfuerzan en una constante acción educativa» (32,5). De donde deducimos que los hijos que acogen ese esfuerzo se identifican con sus progenitores.

Este sería, pues, el profundo alcance de esa identificación del ser español con la fe mariana: un caso concreto de la acción histórica del Verbo que se encarna y entra con los hombres de España en esa

mutua interrelación de Madre e hijos que la quieren. «Doy fervientes gracias a Dios por la *presencia singular* de María en esta tierra española, donde tantos frutos ha producido» (32,7).

Ya en su saludo inicial en el aeropuerto de Barajas hizo una breve síntesis de la historia religiosa de nuestra Patria, y a lo largo de su visita nos fue recordando la aportación que a la Iglesia y a la Cultura había dado España en sus santos, sabios, legisladores, misioneros y almas contemplativas que, junto a los religiosos de vida activa, siguen viviendo el espíritu de tantas congregaciones de origen español.

A estos frutos se refería el Papa en su reconocido agradecimiento. Pero también, entre estos frutos, hay que colocar lo que España, fiel a su vocación cristiana, ha hecho por la Virgen.

b. *La Virgen María en la historia de España*

Ya sabemos que es de buena educación, cuando se va de visita, en una casa o en país extranjero, mencionar —sin zalamerías— los timbres de gloria que ostenta, o alabar con mesurada delicadeza, las buenas cosas de que la familia o la nación se enorgullece.

El «¡Gracias, España, gracias, Iglesia de España, por tu fidelidad al Evangelio!» (2,4) no creo que hiriera los sentimientos de los no españoles que oyeran el saludo de Juan Pablo II después de besar el suelo español.

Nadie dudará de la sinceridad de estas justas palabras: «Vengo atraído por una historia admirable de fidelidad a la Iglesia y de servicio a la misma, escrita en empresas apostólicas y en tantas grandes figuras que renovaron esa Iglesia, fortalecieron su fe, la defendieron en momentos difíciles y le dieron nuevos hijos en enteros continentes» (2,4).

Pero vamos a fijarnos ahora en otro aspecto de la historia religiosa de esta misma nación, de cuya identidad hemos hablado. El mismo día, hablando a la Conferencia Episcopal, para estimular su celo apostólico desde un pasado que no podemos, sin descastarnos, minusvalorar, les recordó la *sólida devoción* de España a la Madre de Dios: «Perteneceis a una tierra que supo defender siempre con la fe, con la ciencia y la piedad las glorias de María: desde su Concepción Inmaculada hasta su gloriosa Asunción en cuerpo y alma a los cielos, pasando por su perpetua virginidad» (3,9).

Esto es pura historia. El libro de las peticiones de la definición de la Asunción de la Virgen se abre con la que hizo Isabel II²⁸, cuyo con-

28. Cfr. HENTRICH - R. G. DE MOOS, *Petitiones de Assumptione corporea B. M. Mariae in coelum definienda ad Sanctam Sedem delatae...* Vaticano 1942: DS 3900-3904. HERRÁN, L. M.^a, *La Asunción en España*. en *Diccionario de Historia Eclesiástica de España*. Alcolea V. - Marín T. y Vives Gatell, CSIC, Madrid 1972, I, 152.

fesor era San Antonio M.^a Claret, uno de los Padres Conciliares que en el Concilio Vaticano I pidieron fuera definida solemnemente lo que se venía celebrando como la fiesta principal de la Virgen, desde hacía ya cinco siglos, y a cuyo misterio estaban dedicadas tantas iglesias, basílicas, catedrales. Se decía *Santa María*, y, sin más, se entendía que aquel templo estaba dedicado a la Asunción de la Madre de Dios. Y a América pasó el misterio dando nombre a las nuevas ciudades que se levantan al recuerdo de la Madre Patria.

Luego, el misterio de la *Purísima Concepción*. En su defensa —dice Juan Pablo II— «porfiaban el pueblo, los gremios, cofradías y claustros universitarios como los de esta ciudad (Zaragoza), de Barcelona, Alcalá, Salamanca, Granada, Baeza, Toledo, Santiago y otros» (32,3).

Fue, efectivamente, uno de los capítulos más apasionados y apasionantes de la historia de un *pueblo entero* que durante dos siglos «porfió», se empleó totalmente —hasta desestabilizar la política económica y exterior— desde el Rey hasta el último chico de la calle, en llevar a buen fin la santa causa de la *Purísima*: era un convencimiento que se cantaba por las calles (y son datos registrados históricamente), y que produjo el acervo más espléndido de obras de arte en literatura, pintura y escultura, y fue ocasión de la gran teología y exégesis de nuestra edad de oro en el pensamiento católico. En el concilio de Basilea la definición salió adelante gracias a la intervención de Juan de Segovia. En el concilio de Trento el cardenal Pacheco consiguió por lo menos que no se incluyera en la definición de la universalidad del pecado original la figura de la Madre del Señor. Y, a la insistencia de Felipe IV, Alejandro VII delimitó autoritativamente el contenido dogmático de la fiesta ya universal de la Concepción de María Inmaculada, y se impuso silencio definitivo al pequeño grupo de los maculistas²⁹. El nombre del Rey de España figura con razón en la bula definitoria de Pío IX, y en la plaza de España, en Roma, se levanta la imagen de la Inmaculada como recuerdo de aquella hermosa historia del dogma de la Inmaculada Concepción³⁰.

Con toda justicia, pues, se ha escrito, que fue España el instrumento que la Divina Providencia suscitó para hacer posible la definición de Pío IX. «El amor mariano —afirma el Papa— ha sido en vuestra historia fermento de catolicidad» (32,3). Y «esa historia, a pesar de las lagunas y errores humanos, es digna de toda admiración y aprecio. Ella debe servir de inspiración y estímulo para hallar en el momento presente las raíces profundas del ser de un pueblo. No para hacerle vivir en el

29. ALEJANDRO VII, *Breve «Sollicitudo omnium ecclesiarum»*, DS 2015-2017.

30. Cfr. PÉREZ, N. - ABAD, C., *La Inmaculada y España*, Santander 1954: estudio completo y seriamente documentado del desarrollo del culto y la aportación española al proceso del dogma de la Inmaculada Concepción.



pasado, sino para ofrecerle el ejemplo a proseguir y mejorar en el futuro» (2,5).

c. *María, la Madre virginal del «Christus totus»*

Cuando decimos que María es *Madre espiritual* de los hombres, en especial de los fieles (Cfr. LG, 52), aunque no pensamos en ello, hacemos referencia al Espíritu Santo que la hizo madre.

Al llamarla madre nuestra, está claro que aplicamos el término *madre* por analogía a la maternidad humana. Pero cuando hablamos de *analogía*, no hay que pensar que decimos *metáfora*: la maternidad espiritual de María es *real*, con la realidad que tiene el orden de la *vida del Espíritu*.

Pero de Cristo María es madre con maternidad humana. María es madre «fecundada por el Espíritu Santo» (fecunda Sancti Spiritus), y al concebir en sus entrañas al Hijo del Padre, comenzó a ser Madre de Dios, en el mismo instante en que comienzan a ser madres las mujeres que conocemos serlo. Jesús, el Hijo de Dios, es tan hijo de María, como lo es de su madre cada uno de nosotros. Pero con la diferencia que relatan los Evangelios de San Mateo y San Lucas, que son el substrato del Depósito de la Fe de la Iglesia que recitamos en el Credo: «Creo en Jesucristo, su único Hijo, nuestro Señor, que fue concebido por obra y gracia del Espíritu Santo, y nació de Santa Mara Virgen»³¹. Cuando Joviniano comenzó a agitar la fe pacíficamente poseída por la Iglesia, y fue condenado por el Papa Siricio en Roma, el año 393, San Ambrosio desde Milán escribía al Papa: «Y si no quiere hacer caso a los sacerdotes (los que le condenaron en Roma), que crea a las palabras de Cristo, a las advertencias del Angel que dice 'no hay cosas imposibles para Dios' (Lc 1,37), crea al Símbolo de los Apóstoles, que la Iglesia Romana guarda y conserva siempre intocado»³².

Y San Agustín en su *Enchiridion* escribía: «Si al nacer, Cristo hubiera deteriorado la integridad de su Madre, ya no habría nacido de una virgen, y la Iglesia entera, lo cual sería un absurdo, se equivocaría al profesar que 'nació de una virgen'»³³.

El sentido de la fe de la Iglesia en España ha descubierto en esta verdad un dogma fundamental, tan distintivo de María, que, cuando en otras naciones se la llama Noshá Sennora, Notre Dame, Madonna, los españoles la llamamos Virgen, es decir, comenta el Papa, «la Virgen por antonomasia».

La virginidad, en las áreas culturales influenciadas por el Evangelio, era

31. DS 30.

32. SAN AMBROSIO, *Epistola «Recognovimus»*, PL 98, 399.

33. SAN AGUSTÍN, *Enchiridion*, PL 40, 429.

un valor preferencial, cuyo precio —aun sin ser conscientes de la relación que dice siempre a Cristo y María— tenía estimaciones muy altas. No así en la actualidad: se ha depreciado, y hasta desvalorizado la virginidad; y ello explica, en parte, la aceptación de las «relecturas» que se vienen haciendo por parte de nuevos exégetas en «un sentido más amplio que la mera ausencia de relaciones sexuales y no excluyen la actividad masculina»³⁴.

La lectura obvia y primera de la pregunta de una muchacha en edad núbil, crecida en un ambiente rural, que al anuncio de que va a ser madre, afirma que «no conoce varón», ha dicho a todas las mentes sin prejuicios lo que el verbo «conocer» significaba entre los hebreos. Las «relecturas» a que nos referimos pretenden desmontar esa lectura obvia, que la Iglesia viene desde siempre haciendo y explicando.

El autor del artículo mencionado apela al género literario de los llamados *midrashim*. Su uso —comenta el autor— parte de los fieles, «sin miedo a dejar correr libre la imaginación». Sería el intento de llenar el vacío de la infancia del «héroe», que se encuentra en toda mitología: afirmar, en este caso, la divinidad de Jesús, que, si bien se mostró Hijo de Dios a partir de la Resurrección, lo era ya desde sus orígenes: tuvo un nacimiento virginal, signo, o mejor, símbolo de su divinidad³⁵.

Y así, afirma el autor que, haciendo la 'radiografía' del texto, ese nacimiento virginal «no lo exige, admitido el carácter midráshico del texto. Aun concediendo valor histórico a la noticia sobre la concepción virginal, ésta no exige la exclusión de paternidad natural»³⁶. Esta afirmación se opone a veinte siglos de fe eclesial³⁷.

Más en línea con el título periodístico del artículo, en un esguince sorprendente, afirma que no se ha perdido nada. Todo sigue siendo verdad alrededor de ese Niño: no con la verdad históricamente estricta, sino con la trascendental a su persona de niño. Es cuestión de leer esos hechos como signos de actitudes que se repiten siempre cuando alguien o algún grupo se acerca o rechaza a Jesús. En fin «siempre somos un poco niños y como tenemos necesidad de poesía, tras hablar tanto como hombres, necesitamos también el lenguaje de los niños»³⁸.

Hemos citado a este autor, no por otra cosa, sino por serlo de

34. SCHEIFLER, J. R., *La vieja Navidad perdida*, 1.c. p. 847.

35. *Ibidem*, p. 842.

36. *Ibidem*, p. 846.

37. Y decimos esto, porque el increíble atrevimiento —y la extraña permisividad— llega a esta afirmación: «Si algún tiempo fue esta manera de pensar más o menos general en el catolicismo, se debió a una interpretación particular de este texto, tenida por verdadera o única, y a concepciones falsas y aún heréticas sobre la maldad de la materia y uso del sexo. Hoy se ha ganado en objetividad y la idea sobre el mundo creado por Dios es más auténtica y cristiana», *Ibidem*, p. 844. No creo merezca contestación una tan arrogante e irreverente impugnación del meollo del misterio de la Encarnación.

38. *Ibidem*, p. 851.



un artículo divulgado en una revista de amplia difusión en el sector sacerdotal.

El problema del género literario de los Evangelios de la infancia ha sido ampliamente estudiado. Y por indicar nada más una vía de respuesta, citamos el estudio del Profesor Gonzalo Aranda, quien a su vez se apoya en los serios estudios del P. Díaz Macho. Gonzalo Aranda observa que más que de *misdrash*, habría que hablar de *darash* justificativo, un «recurrir a textos bíblicos para justificar realidades legales o de otro tipo existentes con independencia de la Biblia». Los Evangelistas usaron ese recurso literario, pues estos relatos son una presentación intencionada de hechos reales y doctrinas previas, que «van por delante» haciendo referencia a lo que se consideraba palabra de Dios anterior. De este modo se confirma lo que se narra, se le da una misión de «cumplimiento» y se manifiesta el profundo significado de lo que ha ocurrido. Otro procedimiento usado por San Mateo y San Lucas es hacer historia buscando en el Antiguo Testamento palabras, acontecimientos, personajes que presentan una analogía con lo que ciertamente se quiere narrar³⁹.

Es por tanto historia lo que quieren hacer los Evangelistas, transmitiéndonos acontecimientos reales, sucedidos, aunque a partir de ellos quieran hacer una catequesis sobre la persona de Jesús.

Y sobre el significado o signo con que se quieren desmitificar acontecimientos escamoteándoles su realidad, el profesor Pedro Rodríguez, recoge de Ratzinger estas palabras que considera fundamentales por elementales que parezcan. El *significado* «solo tiene valor si se admite que ha tenido lugar realmente el suceso (concepción virginal) cuyo sentido se esfuerza uno por iluminar. Se trata de penetrar en el mensaje de un acontecimiento (*Ereignis*): si prescindimos de él, todo se transforma en un vano parloteo, que no puede calificarse, no ya de serio, sino de honrado»⁴⁰.

Y en esta última agrupación colocaríamos el intento de desvirtualizar el concepto de *virgen*, apelando a unos raros casos de «madres vírgenes», es decir, desposadas en incapacidad de concebir, entendida como tal el tiempo anterior a la primera regla, pero que, después de haber cohabitado con el marido hubieran dado a luz de manera absolutamente normal.

Para este último recurso de impugnación de la creencia cristiana, presentada por un judío, nos remitimos al estudio del P. Díaz Macho⁴¹.

«Resulta ya, apriorísticamente, increíble que un dogma de fe hubiese

39. ARANDA, G., 1.c.

40. RODRÍGUEZ, P., *Una presentación del cristianismo*, «Scripta Theologica» I, 2 (1969) 489-490.

41. DÍAZ MACHO, A., *La Historicidad de los Evangelios de la Infancia. El entorno de Jesús*, Ed. Fe Católica, Madrid 1977.

salido de la equivocación de un autor»⁴². Porque se trata de un *dogma de fe*. Por ello la Comisión Episcopal para la Doctrina de la Fe declaró que «esta doctrina pertenece a la fe según la más venerable y antigua tradición de la Iglesia, recogida en el Concilio Vaticano II: 'La Santísima Virgen (...) creyendo y obedeciendo, engendró en la tierra al mismo Hijo del Padre, y ello sin intervención de varón y por obra del Espíritu Santo' (LG, 66)»⁴³.

Pero Juan Pablo II, en el discurso que estamos analizando, concreta la perpetua virginidad señalando los tres momentos que ya son tradicionales a la hora de explicar ese privilegio de Santa María. «Recordando esa presencia de María, no puedo menos de mencionar la importante obra de San Ildefonso de Toledo: *Sobre la perpetua virginidad de Santa María*, en la que expresa la fe de la Iglesia sobre este misterio. Con fórmula precisa indica: 'Virgen antes de la venida del Hijo, virgen con el nacimiento del Hijo, virgen después de nacido el Hijo' (c. I; PL 96, 60). El hecho de que la primera gran afirmación mariana española, haya consistido en una defensa de la virginidad de María, ha sido decisivo para la imagen que los españoles tienen de Ella, a quien llaman 'la Virgen', es decir, la Virgen por antonomasia. Para iluminar la fe de los católicos españoles de hoy, los obispos de esta nación y la misma Comisión Episcopal para la Doctrina de la Fe recordaban el sentido realístico de esta verdad de fe (cf. Nota del 1 abril 1978). De modo virginal, 'sin intervención de varón y por obra del Espíritu Santo' (LG, 63), María ha dado la naturaleza humana al Hijo del Eterno Padre. De modo virginal ha nacido de María un cuerpo santo animado de un alma racional, al que el Verbo se ha unido hipostáticamente. Es la fe que el Credo amplio de San Epifanio expresaba con el término 'siempre virgen' (DS 44) y que el Papa Paulo IV articulaba en la fórmula ternaria de virgen 'antes del parto, en el parto y perpetuamente después del parto' (DS 1880). La misma que enseña Pablo VI: 'Creemos que María es la Madre, siempre Virgen, del Verbo encarnado' (*Credo del Pueblo de Dios*, 30 junio de 1968). La que habéis de mantener siempre en toda su amplitud» (32,3).

Sólo teniendo en cuenta la controversia a que nos referimos se explica el énfasis con que el Papa habla del misterio de la perpetua virginidad de Nuestra Señora. Y la llama «fe de la Iglesia», «que habéis de mantener siempre en toda su amplitud». Evidentemente no habla sólo de la concepción virginal de Cristo, que ya fue recordada por la Comisión Episcopal. Habla además de la virginidad «in partu». No vamos a decir que sea éste un acto solemne de su supremo magisterio. Pero son clarísimas las expresiones, repetidas, con que habla de la per-

42. TUYA, M. de, 1.c., p. 8.

43. *Nota de la Comisión Episcopal de La doctrina sobre la Fe*, 1.c.

petua virginidad, la que defendió San Ildefonso, con la lista innumerable de Padres y Doctores que la explicaron en su sentido *realístico*, no meramente *espiritual*.

Se afirma con asombrosa ligereza que el parto virginal no ha sido definido por la Iglesia como dogma de fe. El profesor Pedro Rodríguez, recensionando el libro de Ratzinger, escribe: «Ratzinger pone de manifiesto que el pastoralista holandés (se refiere a Schoonenberg) tiene un concepto de dogma que lleva hasta el colmo 'la estrecha perspectiva de la Dogmática jesuítica de finales del siglo XIX' (p. 229, nota 52), en la que se ignora que la definición del Papa *ex cathedra* es la forma más reciente de expresión del dogma y que la forma primitiva en que la Iglesia expresaba autoritariamente su fe era el Símbolo. Por otra parte, 'todo intento de arrinconar al Símbolo en una interpretación *espiritual* sería, desde el punto de vista histórico-dogmático, una cortina de humo'»⁴⁴.

Pero además se olvida el concilio de Letrán del año 649. Y conviene recordar las definiciones de este concilio con un cierto detenimiento, aunque los límites del trabajo nos impongan cierta brevedad. Los monoteletas, apoyados por la autoridad imperial que tenían de su parte, habían extendido con alarmante difusión la nueva herejía cristológica. No era fácil reunir un concilio en Oriente, y Martín I, antiguo apocrisario en Constantinopla, decidió enseguida convocar el concilio en el palacio de Letrán, para examinar la doctrina y los supuestos argumentos en que se basaba la nueva herejía, que era la consecuencia lógica del monofisismo, o el rebrote del nunca extinguido nestorianismo.

En las sesiones previas a las decisiones conciliares, se leyeron y examinaron los principales escritos de los fautores de la herejía, y el mismo San Martín, para esclarecer la verdad de las dos voluntades en Cristo, acudió a la doctrina de las dos naturalezas que existen en Cristo, sin confundirse ni mezclarse, con sus específicas propiedades. Y afirmaba que, si el cuerpo de Cristo hubiera sido ingrávido, inextenso o de naturaleza gloriosa, no se podría hablar de milagro en el alumbramiento virginal, ya que nada tiene de extraño que un cuerpo inextenso e ingrávido naciera sin detrimento de la virginidad materna⁴⁵.

Y se aprobó el canon 3 que ha de leerse así: Si alguien, en conformidad con los Padres (... como en el canon 2) no confiesa que Santa María, inmaculada siempre Virgen María *es Madre de Dios* ya que al mismo Verbo, que es Dios (nacido antes de los siglos de Dios Pa-

44. RODRÍGUEZ, P., 1.c., pp. 490-491. Cfr. GOENAGA, 1.c.

45. Para este tema es definitivo el estudio del P. ALDAMA publicado, entre otros aspectos del mismo tema, en *Virgo Mater. Estudios de teología patristica*, Granada 1963.



dre) lo *engendró* en los últimos tiempos *sin semen humano*, por obra del Espíritu Santo, con toda verdad («specialiter et veraciter»), y le *dio a luz* sin detrimento de su virginidad («incompactibiliter») de manera que aún después del parto permanece sin rotura alguna su virginidad, sea anatema ⁴⁶.

Aun dentro de la implicación del período oracional, está claro que el concilio de Letrán define la maternidad divina en su totalidad: sin semen humano engendra al Verbo eterno, le da a luz *incompactibiliter* y permanece íntegra su virginidad. El Concilio explicita *realísticamente* lo que comprende el término «semper virgo» adoptado oficialmente ya por el Papa Juan II (DS 410) y por entonces incorporado al canon romano de la Misa: la virginidad afirmada explícitamente en la fórmula de fe de Pelagio I (DS 442) ⁴⁷.

La definición de Letrán fue enviada por el Papa a todas las iglesias como «única profesión de la fe ortodoxa» ⁴⁸ y así fue recibida. El Papa Agatón, casi con las mismas palabras, se expresaba en la carta (DS 547) que fue aceptada en el concilio III de Constantinopla (DS 553). Y el Concilio Toledano XI exponía la misma doctrina: «De estas tres personas creemos que sólo la del Hijo, para liberar al género humano, asumió al hombre verdadero sin pecado de la santa e inmaculada Virgen María, de la cual nació con un orden nuevo y un nuevo nacimiento: nuevo orden, porque el invisible por su divinidad se mostraba visible en la carne; y fue engendrado con nuevo nacimiento, porque la intacta virginidad desconoció el coito viril, y fecundada por el Espíritu Santo suministró la materia de la carne. Y este parto ni se entiende con razones humanas, ni se demuestra con ejemplo alguno; pues si se entendiera con razonamiento no sería maravilloso, y si se pusiera un ejemplo, no sería singular» (cita un fragmento de la carta 137 de S. Agustín, CSEL 44, 107, 10; PL 33, 519) ⁴⁹.

Tal es la fe de la Iglesia, que, al hablar del nacimiento de Jesús, lo tiene como *milagroso*, un misterio. Ciertamente que los fenómenos que acompañan al alumbramiento de una mujer no dicen relación a su significación biológica, y menos con la connotación moral del parto: la *virginidad* propiamente se refiere al acto sexual. Pero cuando la Iglesia afirma y profesa que María es *siempre virgen*, y pone el acento en el alumbramiento llamándolo virginal, o hay que entenderlo como la Iglesia lo ha entendido siempre a partir de su *realística* explicación, o el término *virgen en el parto* es una pura tautología sin sentido, que trae

46. DS 503.

47. El término *siempre-virgen* parece haber sido usado por primera vez por San Atanasio (h. 338) PG 27, 1394, y entre los latinos por Rufino el Sirio, PL 21, 1446.

48. MANSI, 10, 791-797.

49. DS 533.



serias implicaciones de fe, que la Iglesia, dada la confusión que se quiere dar a la expresión, debería aclarar.

San Ildefonso —y junto a él podríamos añadir una lista interminable, de antes y después— entiende como milagro el parto de la Virgen. San Zenón, obispo de Verona entre 362 y 371, a quien muchos tienen como el primero entre los autores eclesiásticos que explican realísticamente el parto virginal, decía explicando el misterio que formulaba con estas palabras: *O magnum sacramentum! Maria virgo incorrupta concepit, post conceptum virgo peperit, post partum virgo permansit*⁵⁰. «A gusto descansa en tal floreciente domicilio de la castidad, y en las entrañas de la Virgen sagrada se prepara un cuerpo para nacer según el plan que había establecido. Adaptándose a lo que es un hombre, Dios se encierra en la envoltura de la carne, y toma de prestado vida humana quien da eternidad a los siglos. Cosa digna de admiración: María concibe por obra de Aquel a quien da a luz: su vientre se hincha de majestad, no por semen humano, y la Virgen encierra a quien no puede encerrar el mundo ni toda su plenitud. Entretanto los miembros hacen desarrollar a su autor, y su obra viste con su figura al Artífice. Da a luz María no con dolor, sino con gozo; nace sin padre el Hijo, no todo él de la Madre, debiéndose a él mismo su concepción, donando a su Madre nacer de ella, quien principalmente se admira de que se la haya dado tal Hijo, que no creería nacido de sí misma, si como fue virgen incontaminada en la concepción, no permaneciera siéndolo después del parto»⁵¹.

Y como San Zenón, volvemos a repetir, la lista abrumadora de autores que hablan y enseñan en el mismo sentido, con mayor o menor acierto a la hora de expresar el inefable misterio. Por eso la impugnación de los exégetas no va sólo contra una Tradición que no se puede desconocer honestamente: ataca los fundamentos bíblicos de esa misma Tradición.

50. SAN ZENÓN DE VERONA, *Tractatum* (de Fide) lib. II, VIII *De Nativitate Domini* II, II, PL 11, 414-415. Estas palabras son el epifonema de una descripción que, por antítesis, nos recuerda el error de Tertuliano: éste, llevado de su ardor polémico, describía los fenómenos de un *parto normal* para demostrar que quien así nacía era verdaderamente *caro*. San Zenón llega por antítesis a la verdad del nacimiento virginal: «*Mariae superbus emicat venter, non munera coniugali, sed fide, Verbo, non semine. Decem mensium fastidia nescit, utpote quae in se creatorem mundi concepit: parturit non dolore, sed gaudio. Mira res: exultans exponit infantem totius naturae antiquitate maiorem. Interea non gemit feta. Non mundum, ut adsolet, infans fusus ingrediens, sponte vitae reptantis praevis lacrymis auspicatur. Non mater eius tanti partus pondere exhausta, totis pallens iacuit resoluta visceribus. Non Filius Matris, aut suis est ullis sordibus delibutus: neque enim revera aliquid circa se habere posset inmundum, qui humani generis peccata, sordes et maculas venerat mundaturus. Danique purgationes, quae sunt tardiatate periculosae, nulla puerum maternorum viscerum prosecta sunt damna. Nulla adhibita rudi faetae sueto more fomenta; neque, enim, fratres, his poterat indigere, quae accipere in uterum meruerat Filium animarum omnium salvatorem*», cc. 413-414.

51. *Ibidem*, IX, I, cc. 416-417.



La *fe de la Iglesia*, pues, que recuerda Juan Pablo II en Zaragoza, no es solamente en la concepción virginal de Jesús, sino en todo el proceso del nacimiento de Jesús «quien fue dado a luz sin menoscabo de la virginidad como sin menoscabo de ella había sido concebido», según afirma San León Magno en el *tomo dogmático* enviado al Patriarca Flaviano⁵². Y este nacimiento —sigue comentando el mismo León Magno— aunque sea distinto del de los demás miembros, no le hace desemejante en nada de los demás, menos en el pecado⁵³.

Esta es, pues, la fe de la Iglesia, que excluye tanto un docetismo espiritualista como la total asimilación de Jesús a nosotros en su origen humano: los católicos «ni creyeron que María al dar a luz dejó de ser virgen, ni que el Señor fuera un fantasma: sino que Ella permaneció virgen aun después del parto (en el parto) y sin embargo nació el verdadero cuerpo de Cristo»⁵⁴.

d. *Derivaciones de nuestra devoción a la Virgen María*

Ya en su mensaje a los Congresos de Zaragoza, Juan Pablo II, aun reconociendo la realidad y vigencia de la devoción de los españoles a la Virgen, había insistido en que una devoción plena, perfecta, está en el serio esfuerzo por imitar las virtudes cristianas de las que la Virgen Madre es modelo acabado y Maestra, la más aventajada, de Jesús el Maestro.

Las prácticas de devoción que son imprescindibles para la verdadera devoción que ha de vivificar el culto relativo que damos a la Madre de Nuestro Señor, no serían bastantes, de suyo, para sustituir esa relación filial que nos inscribe en la corriente del culto que tributamos al Hijo al venerar a la Madre. Dice el Papa: «El Papa Pablo VI escribió que 'en la Virgen María todo es referido a Cristo y todo depende de El' (*Marialis cultus* 25). Ello tiene una especial aplicación en el culto mariano. Todos los motivos que encontramos en María para tributarle culto son don de Cristo, privilegios depositados en ella por Dios, para que fuera la Madre del Verbo. Y todo el culto que le ofrecemos redundará en gloria de Cristo, a la vez que el culto mismo a María nos conduce a Cristo. San Ildefonso de Toledo, el más antiguo testigo de esa forma de devoción que se llama esclavitud mariana, justifica nuestra actitud de esclavos de María por la singular relación que Ella tiene con respecto a Cristo: «Por eso soy yo tu esclavo, porque mi Señor es tu Hijo. Por eso tú eres mi Señora, porque tú eres la esclava de mi Señor. Por eso soy yo el esclavo de la esclava de mi Señor, porque tú has sido hecha la madre de tu Señor. Por eso he

52. DS 291.

53. DS 294.

54. SAN AGUSTÍN, *Contra Iulianum*, 1, 2, 4, PL 44, 543.



sido yo hecho esclavo, porque tú has sido hecha la madre de mi Hacedor» (*De virginitate perpetua Sanctae Mariae* 12; PL 96, 106). Como es obvio, estas relaciones reales existentes entre Cristo y María hacen que el culto mariano tenga a Cristo como objeto último. Con toda claridad lo vio el mismo San Ildefonso: «Pues así se refiere al Señor lo que sirve a la esclava; así redundo al Hijo lo que se entrega a la Madre; así pasa al rey el honor que se rinde en servicio de la reina» (c. 12; PL 96, 108). Se comprende entonces el doble destinatario del deseo que el mismo santo formula, hablando con la Santísima Virgen: «Que me concedas entregarme a Dios y a Ti, ser esclavo de tu Hijo y tuyo, servir a tu Señor y a ti» (c. 12; PL 96, 105)» (32,4).

El *sensus fidei* que anima al Pueblo de Dios admite esta doctrina. Lo cual no obsta para que haya toda una literatura devocional, desde los «ejemplos» de la Edad Media hasta las Glorias de María de San Alfonso M.^a de Ligorio, que trata de demostrar que la Madre del Salvador está tan empeñada en la obra de su Hijo que, aun en casos límite, un pequeño signo de devoción le basta a la Madre para salvar a esos difíciles devotos de María.

Pero el Vaticano II nos ha recordado la verdadera y exacta doctrina. Lo ha repetido Juan Pablo II en tantas ocasiones: María, Madre y Maestra, es indicador de la voluntad de Cristo. A una con el Padre del cielo nos dice siempre «escuchad a Jesús, haced lo que El os diga. Es el consejo que cada uno de nosotros debe tratar de asimilar, y del que desde el comienzo de mi pontificado quise hacerme eco: 'No temáis; abrid de par en par las puertas a Cristo'»⁵⁵. «María, por su parte, es ejemplo supremo de esta actitud. Al anuncio del ángel responde con un sí incondicionado: 'He aquí la esclava del Señor, hágase en mí según tu palabra' (Lc 1,36). Ella se abre a la Palabra eterna y personal de Dios, que en sus entrañas tomará carne humana» (32,5).

Y en esta apertura, que la hace inmensamente fecunda, ve el Papa el tipo de la Iglesia, *la santa Madre Iglesia*, que, en tanto que comunidad, como en la individualidad de cada uno de sus miembros es por lo mismo *apostólica*, es decir, con entraña y vocación misionera y apostólica.

El culto, pues, y la devoción a la Virgen tal como España siempre la ha vivido en esa fidelidad al Evangelio, quiere el Papa que sea un estímulo para la *coherencia entre vida y fe* que España más que nunca necesita. El Papa quería despertar el recuerdo de nuestro pasado, no para invitarnos a vivir de narcisistas nostalgias ineficaces, sino para dinamizar nuestra vitalidad cristiana. «Como sucesor de Pedro he querido visitaros, amados hijos de España, para alentaros en vuestra fe e infun-

55. Cfr. AAS 70 (1978) 947.



diros esperanza. Mi deber pastoral me obliga a exhortaros a una coherencia entre vuestra fe y vuestra vida. María, que en vísperas de Pentecostés intercedió para que el Espíritu Santo descendiera sobre la Iglesia naciente (cfr. Hech 1,14), interceda también ahora. Para que ese mismo Espíritu produzca un profundo rejuvenecimiento cristiano en España. Para que ésta sepa recoger los grandes valores de su herencia católica, y afrontar valientemente los retos del futuro» (32,6).

Y en ese sentido fue estimulando el celo apostólico del Episcopado, la devoción eucarística, la alegre entrega de las almas consagradas, la creatividad y fidelidad de los teólogos y de los hombres de la cultura, la honestidad en la información, la tarea de portar certezas a los educadores de la fe, la intrepidez y la constancia en el apostolado, la defensa de los derechos de los emigrantes, de los campesinos, de los trabajadores, de los hombres del mar, la fidelidad alegre a la propia vocación en los religiosos y sacerdotes, la fidelidad al sacramento del matrimonio y la defensa de la vida, bases indispensables para la estabilidad de la familia, la valentía y constancia en la responsable visión de un futuro para la juventud..., hasta proyectando para Europa un programa de identidad y renovación.

«La ayuda de Dios está con nosotros. La oración de todos los creyentes nos acompaña (...) Jesucristo, el Señor de la historia, tiene abierto el futuro a las decisiones generosas y libres (...). «Encomiendo estos pensamientos a la Santísima Virgen, para que los bendiga y haga fecundos, y recordando el culto que se da a la Madre de Dios en los numerosos santuarios de Europa, desde Fátima a Ostra Brama, de Lourdes y Loreto a Czestochowa, le pido que acója las plegarias de tantos corazones» (47,7).

3. *La devoción a la Virgen en las palabras y en los gestos del Papa*

En el riesgo de rozar algunas de las ideas ya expuestas, interesa, creemos, resaltar esa vivencia espiritual que subyace en las enseñanzas marianas que Juan Pablo II, incansablemente, imparte en su catequesis sobre la Virgen. Nos referimos al recurso a la Virgen como *Mediadora de todas las gracias*, persuasión de la Iglesia que el Concilio Vaticano II recoge al explicar la «múltiple intercesión» de la Virgen Asunta (cfr. LG n. 62).

En el recuento final de sus intervenciones en el viaje apostólico por España, Juan Pablo insistía en lo que podemos designar como centro nuclear de su pensamiento mariano: «El Concilio Vaticano II ha recordado la verdad de la *presencia particular* de la Madre de Dios, María, en la misión de Cristo y de la Iglesia» (49,7).

Se trata del *influjó salvífico* (cfr. LG n. 60) que, como Madre de

Cristo y de la Iglesia ejerce sobre ésta. El Papa lo recordaba al proclamar que esta verdad «está especialmente viva en toda la tradición de la Iglesia en tierra española». María es tipo y modelo, patrona y abogada, auxilio y seguridad que se ofrece al esfuerzo de sus hijos por asimilarse al Primogénito de la familia de Dios, autor y modelo de toda santidad.

Esta presencia maternal eficiente —«omnipotencia suplicante», como repite el Papa recogiendo la fórmula de la Tradición— hace que el cristiano viva la certeza del valimiento intercesor de la Virgen Asunta. El Papa la siente viva, y quiere, transmitiéndola, reforzar esa vivencia. Esto explica que, en todas sus intervenciones, Juan Pablo II recomiende a todos los fieles el recurso a la Virgen, sea cual sea su condición dentro de la única vocación eclesial a la santidad.

De 47 ocasiones en que habló el Papa a lo largo de su viaje apostólico en España —sin contar los discursos de Zaragoza y Montserrat— registramos 26 recomendaciones expresas al recurso a María, que vienen a coincidir prácticamente con todos los sectores eclesiales con que se puso en contacto: desde la Conferencia Episcopal a los hombres del mar.

De una u otra manera invitaba a hacerlo y ponía bajo la protección y auxilio de la Virgen el empeño por lograr esa *coherencia entre la fe* y las condiciones de *vida* de las personas a quienes hablaba. Y, como resumen de toda esta catequesis, en la consagración de España en Zaragoza, ponía en las manos y en el corazón de la Virgen del Pilar los anhelos religiosos y ciudadanos de todos los sectores de la Iglesia en España: «España entera, todos y cada uno de sus hijos y pueblos, la Iglesia en España, así como también los hijos de todas las naciones hispánicas» (32,7).

Esta espontaneidad con que, dentro de la alocución u homilía, o al final de sus palabras, insiste en la exhortación a poner la *confianza en la intercesión de la Madre* de los cristianos, sólo se explica por la intensidad con que el Papa vive el convencimiento de que en todo y para todo se hace presente a los cristianos esta *maternidad espiritual* de María que llega, como hemos dicho, hasta donde se extiende la acción salvadora de Cristo. *Cercanía* la llama muchas veces. «En otras ocasiones, su imagen, al inclinarse hacia los hombres, acerca su Hijo hacia nosotros y nos hace sentir la cercanía de quien es revelación radical de la misericordia (cfr. *Dives in misericordia*, 8), manifestándose así, Ella misma, como Madre de misericordia» (32,4).

Esta vivencia del Papa se traduce en los gestos de todos conocidos, y que tuvimos ocasión de contemplar de cerca millones de españoles. Las *miradas* despaciosas, mudos coloquios de corazón a corazón, a las *imágenes* que presidían los actos o a las que veneraba en sus mismos santuarios: la Virgen de la Caridad, la Almudena, la de Guadalupe, la



del Sagrario, la Fuencisla, Nuestra Señora de los Reyes, la de las Angustias, el Pilar, la Mare de Déu de Montserrat, la de los Desamparados.

El *regalo de rosarios* como agradecimiento a los obsequios que se le ofrendaban. El *rezo del Angelus*, ante la fachada de la Sagrada Familia en Barcelona, en que insistía una vez más en la función modélica de la maternidad espiritual: «Allá arriba, en Montserrat, María sigue aceptando, en el silencio confidente de cuantos acuden a Ella, el riesgo providencial de ofrecer su seno virginal, en acatamiento de la voluntad del Padre, para que los hombres renueven sin cesar los corazones a imagen de su Hijo, Jesús, y bajo el aliento creador del Espíritu» (35,1).

El rezo del *Rosario* —su «oración predilecta», como él mismo ha confesado— que con asistencia multitudinaria recitó en la plaza del Pilar de Zaragoza, «la ciudad mariana de España». Y todos estos gestos, dentro de ese *tono devocional peregrinante* tan en el alma de un papa, como él mismo se definía, venido «de una tierra y una nación cuyo corazón palpita en los grandes santuarios marianos, sobre todo en el de Jasna Gora⁵⁶ y que por ello enseguida sintió la necesidad de buscar la ayuda divina en esos «recintos de encuentro con Dios y de amor a la Madre del Señor y Madre nuestra» que son sus santuarios. «A Ella he confiado los comienzos de mi pontificado —decía a la Curia Romana—, y a Ella he llevado en el curso del año la expresión de mi piedad filial, que aprendí de mis padres. María ha sido la extrella de mi camino en sus santuarios más célebres o más silenciosos»⁵⁷.

Esta confidencia es expresión de su piedad filial, de ese «totus tuus» que marca toda su acentuación, como cristiano y como pastor. «Peregrino tras las huellas de Santa Teresa de Jesús (6,1) vio cumplido su anhelo de postrarse como hijo devoto de María ante el Pilar Sagrado: «para rendir mi homenaje de filial devoción» (32,1).

El Papa, «testigo de esperanza», testigo de la experiencia de la maternidad de María, no sólo nos ha dejado sus palabras que nos invitan a vivir esa experiencia, sino que su testimonio vivo, para quienes le vimos, para quienes le ven, es un estímulo mayor para descubrir con él «el profundo sentido de nuestra existencia peregrina sobre la tierra, y, sin confundir las etapas y la meta, modelar la marcha siguiendo el ejemplo de María» (34,6).

L. M. Herrán
Facultad de Teología
Universidad de Navarra
PAMPLONA

56. *Audiencia general*, 24.1.1979.

57. *Discurso a los Cardenales y Prelados de la Curia Romana*, 22.12.1979.